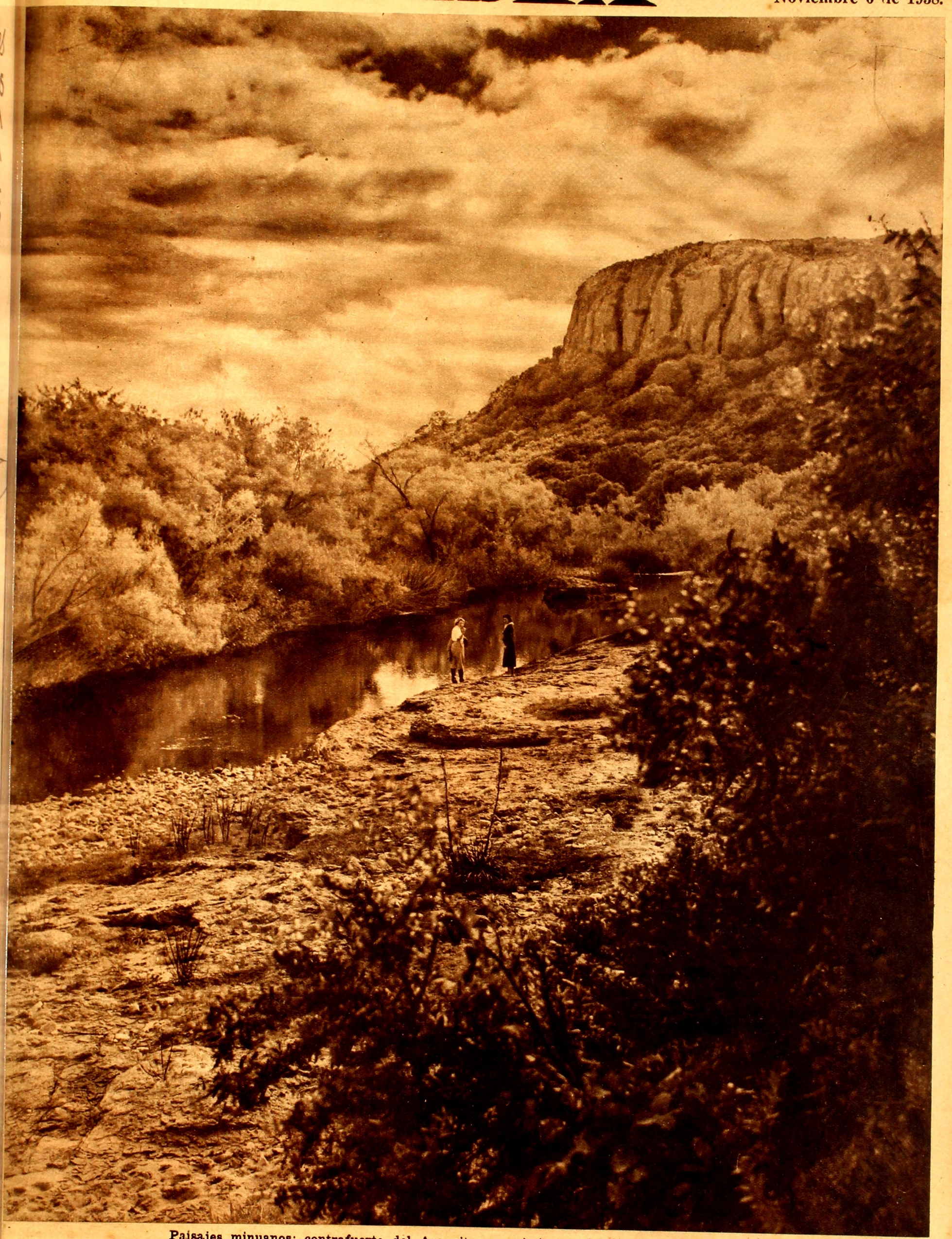
AÑO VII - N.o 304

EL DIA

Montevideo.
Noviembre 6 de 1938.



Paisajes minuanos; contrafuerte del Arequita y nacimiento del río Santa Lucía.

R. y J. Caruso
Fotos

LOS AGUATEROS

1802 - 1866

POR ISIDORO DE MARIA

ESCOBERO y FRUTERO. — Dibujos de D'Orbigny.

EL año 2 se experimentó una gran seca, por lo cual dispuso el Cabildo un novenario de misas, para implorar del Señor la benéfica lluvia. — Las fuentes de aguada pública eran contadas, y grandes penurias sufrió la población por falta de agua potable. Eso hizo abrir los ojos para aumentar los manantiales, que desde entonces empezaron a prestar mejor servicio fomentando los aguadores.

Los antiguos pozos manantiales de la Aguada, situados en el arenal que había al Norte de la quinta de las Albahacas, y que se extendía hasta inmediaciones de la panadería de Baille y lo de Sobera, eran el surtidero de agua potable del vecindario de la ciudad, conducida en grandes pipones por las carretas de los aguateros, como se les llamaba.

Hacían el trayecto generalmente por la playa (hoy calle Cerro Largo) hasta el Cubo, por donde doblaban para venir a entrar por el portón de San Pedro; es decir, por donde ocupan hoy las manzanas entre Ciudadela y Juncal en esa parte del Norte (calle hoy 25 de Mayo).

Cada aguatero tenía sus calles y sus marchantes de agua, y buen cuidado tenían los vecinos que la necesitaban de estar con el oído atento al cencerro que cada aguador colgaba al cuello de los bueyes de tiro del vehículo. Al sonar, salían a la puerta tía Francisca, tía María o tía Juana, criadas de la casa, o cualquier otro viviente con la **caneca** en la cabeza, a echar el agua en el barril o la tinaja, a tres y cuatro canecas por medio real.

El lechero se anuncia gritando: **a la buena leche gorda,** marchante, y el pescador al de: **corvinas, borriquetas;** pero el aguatero no está por esas. Le basta el **cencerro,** aunque algunas veces se tomaba por el del carro de basura, que también lo llevaba.

El aguatero, a paso de buey, recorriendo calles, despachaba su pipa de agua, y volvía a llenarla a los pozos para una segunda jornada. A la puesta del sol ya me los tenía usted con la yunta desuñida, y su carreta con el pipón descansando de la fatiga del día al frente de su casita, por las inmediaciones de la quinta de las Albahacas al Sur y Norte, que era el paraje donde vivían, aparte de aquel que tenía su vivienda en la altura del Oeste, rodeada de un corral de piedra y en el centro un ombú secular que envidiaba Pepe Maletas.

En santa paz contaban sus reales agenciados con la venta del agua, en buena plata en tiempo de los españoles, y en cobre en el de los portugueses. Y luego a conar su **hervido** y ganar el nido en gracia de Dios.

Lo mismito que hacían los de la **Cachimba del Rey** en Maldonado, desempeñando por allá el propio oficio de aguadores para el consumo de la población.

Como los aljibes eran contados, se consumía agua de la conducida por los aguateros, llegándose a calcular su costo por el Cabildo en 30 mil pesos anuales, de lo que surgió la idea apuntada por el Gobernador Bustamante y Guerra, de traerse por cañería de la laguna del Buceo.

En un año de seca los aguateros cargaban la romana al precio del agua, expendiéndola al doble, es decir, a **tres canecas por un real.** Más que de prisa tomó el Cabildo cartas en el asunto, acordando lo que reza el Libro de Acuerdos:

"En mérito a la escasez de agua y de venderse por los aguadores a tres canecas por un real, cuando siempre se había suministrado a tres y cuatro por medio, acordó el Cabildo se haga entender al público, en el modo conveniente, que toda y cualquiera persona que quiera abastecer de agua conduciéndola a la ciudad desde las fuentes, ya sea en carretillas de bueyes, mulas o cabalgaduras, lo pueda verificar sin el menor perjuicio público, debiendo dar por medio real lo que ha sido de costumbre, estando las dichas fuentes bien proveídas y abundantes, debiendo ser del cargo de los que provean en adelante tenerlas de contínuo aseadas para evitar la corrupción y grosura del agua, en cuyo celo no descuidará este Ayuntamiento, haciéndolas reconocer por medio de comisionados en los tiempos o meses que halle por conveniente, y como que contribuye a la mejora del agua **el que no se aminore la arena** en el terreno de las fuentes, tendrán los referidos abastecedores muy particular cuidado en que persona alguna haga acarreos de ella, ni extraiga la menor porción, haciéndoseles entender a los que lo intenten, estar prohibida la saca por este Ayuntamiento, so pena de multa.

"No menos celo y cuidado deben poner los enunciados aguateros o llenadores que haya, como que son los más asistentes en las fuentes, el evitar que cualquiera persona, sea de la condición que fuere, haga lavaderos en las inmediaciones de ellas, ni use de sus aguas para semejantes usos, como perjudicialísimos que son a su bondad; pero de ningún modo impedirán a persona alguna el que llenen barriles, botijuelas u otras vasijas para provecho de su casa, ni a pretexto de haber construído la fuente el individuo que por suya se oponga; porque siendo **como son comunes las aguadas,** deben ser disfrutadas generalmente. Lo que se hará entender por el Alguacil Mayor a los llenadores para su cumplimiento".

El Cabildo se explicaba, y sobre todo, se mostraba solícito del bien del vecindario, como cuadra a toda autoridad municipal.

Aquello de los aguateros olía a explotación, y el Ayuntamiento no estaba por ella. Con su acuerdo, la gente necesitada empezó a acudir a las fuentes a proveerse de agua, y allá iban unos con sus barrilitos y otros con sus botijas en busca de ella, como lo hacían libremente los vecinos del Paso del Molino a la fuente de la Teja, y los de la Aldea a los Pocitos.

En eso apareció un proponente para surtir de agua a la ciudad a bajo precio. — ¿Quién es él? — Que salga a la escena.

"Yo, no Juan de los Palotes, sino Juan de Arze y Francisco Bueno, proponemos surtir de agua a la ciudad por seis años".

—Admitida la propuesta, dijo el Cabildo; "pero en la inteligencia de que aún cuando se experimente una extraordinaria seca, **han de dar cinco canecas,** debiendo conducir el agua del Buceo u otros parajes donde jamás se agote, trayéndola en caballerías y no en carros, cuyas llantas aseguradas por clavos de gruesa cabeza deterioran las calles, además de las desgracias ocasionadas a algunos niños estropeados en el tránsito por las carretas".

Con estas noticias y la actitud de mucha parte del vecindario que iba por sí o mandaba a surtirse de agua potable a los pozos de la Aguada, fué santo remedio. Los aguateros aflojaron y volvieron a expender muy conformes el líquido principal para la vida a **tres canecas** por medio con contento del vecindario, que se ahorraba el trabajo de mandar a los tíos y a las tías y a los muchachos con el barrilito o las botijas a buscarla a la Aguada, en fuerza de la carestía del precio.

Todo marchó bien mientras existió el recurso del aguatero y de los pozos de la Aguada, para los moradores de San Felipe y Santiago. Pero cuando se atravesó el sitio de la plaza, ¡adiós mi platal Ni aguateros ni fuentes donde ir a tomarla fuera de muros. El **cuco** andaba por allí, y vaya uno a buscar agua potable, ni cuente con el aguatero, que perdió los bueyes de la carreta, y que además no está para exponer el bulto en esas andanzas entre sitiados y sitiadores.

—A eso están expuestas las plazas que libran el surtimiento del agua a la que venga de afuera, decían los viejos, y sacaban a colación con verdad o mentira a Pamplona, donde una vez el enemigo cortó la cañería del agua corriente y se quedaron los de adentro sin tenerla que beber. La previsión nunca está demás, y si no se le hubiese metido en la cabeza a Bustamante y Guerra que no convenían los aljibes en la ciudad porque aminora[illegible] superficie del terreno, no nos ve[illegible] hoy en figurillas para el agua, porque [illegible] casa de azotea tendría el suyo para [illegible] necesidades y auxiliar al vecino que [illegible]tase.

No dejemos en el tintero que después se hizo obligatorio el aljibe, a que fué tan opuesto Bustamante y Guerra.

El caso fué, que tras el hambre, sufrieron sed los estrechados dentro de los muros de San Felipe y Santiago, careciendo de agua potable con que apagar la sed.

—Un porroncito por Dios, al vecino, que nos morimos de sed; pero de dónde hermano, si yo tampoco tengo una gota.

Pues, señor, a pedirlo al aljibe del Convento de San Francisco o al del Cabildo; pero er[illegible] muchos niños para un trompo. Esto suc[illegible] el año 13, cuando el asedio por los p[illegible]otas, con sus repeticiones con poca diferencia, hasta ahora veinte y tantos años, como más adelante lo veremos.

Vigodet mandó abrir algunos manantiales en la costa del Cerro, y dispuso la salida de algunos barcos a traer agua de la boca del Santa Lucía. Vinieron los barquichuelos con ella, recibiendo orden de no vender el líquido elemento a más de doce reales la pipa.

Afortunadamente entonces no se conocía por aquí ni de oídas, lo del **microbio,** y todo el mundo bebía a placer el agua del Santa Lucía, haciéndole buen provecho. Si algo podían sentir, era que fuese poca para las necesidades. Nadie le hacía asco, sin duda por que ni el padre Arrieta, ni don José Lajes entendían de **Materias orgánicas.** Valía más así, porque sino, pobre de los pobres, que no tenían, no diremos filtros, pero ni leña para cocería, y espichan de sed.

Por fin, aquellas y otras angustias y miserias pasaron. Se acabó el sitio, vino la Patria, y luego los portugueses, se limpiaron los viejos pozos de la Aguada y volvieron los beneméritos aguateros a su ejercicio, y a las tres canecas por medio, en que perseveraron por muchos años, hasta que la Guerra Grande los obligó a tomar cuarteles de invierno.

II

Vinieron otros tiempos. No eran ya los antiguos. La población se extendía, y poco a poco los pozos de la Aguada se fueron suprimiendo. Pero algunos quedaron, y por otro lado se empezó a traer agua de la Estanzuela. Mientras no se atravesaba alguna seca que agotase los aljibes, todo iba bien. Pero ¡ay! cuando sucedía; ni las rogativas a los Santos Patronos, que ya estaban en retirada, desde tiempo atrás, hacen que se abran las cataratas del cielo.

Entonces era lo divertido. Suma escasez de agua potable. Cambio de escena. Las gentes menesterosas andaban de puerta en puerta mendigando una jarra de agua, sin poder obtenerla tantas veces. El pulpero de la es[illegible]diado con los petitorios de los ve[illegible] **de un jarrito de agua.** Mald[illegible]gaba un vaso de agua en [illegible] llegó a decirse por Muni[illegible]mos un suelo en Montevideo, [illegible]horadar hasta cierta profundi[illegible] que brote un ojo de agua entre [illegible]s del cimiento de la ciudad". Y a fe, [illegible] no dijeron un despropósito, al recordarse los ojos de agua brotados en la calle de Misiones, al lado de lo de Ellauri, al trabajarse el caño maestro; en la del Yerbal, al abrirse los cimientos de una casa; en la Buena Vista, donde se conoció por tantos años la **Fuente del Plata,** que dejaba una utilidad de 200 pesos mensuales al dueño; los manantiales de Sívori y hasta la cachimbita de la costa del Sud, a los fondos de lo de Pestaña.

Pero mientras la varita de Moisés no hacía el milagro, en figurillas veíase la gente con el agua, cada vez que la seca aparecía a embromarnos.

Hasta las muchachas **cazueleras** de San Felipe tenían que embromarse a garganta seca, porque el confitero de arriba no daba un vaso de agua, sino pago, y gracias si la había; y las pobrecillas tenían que ir provistas de naranjas para el chupete, humedeciendo las fauces.

En una de aquellas secas de mi flor, se encontró en apuros nuestro activo y bondadoso Botana, desplegando todo su celo para proveer de agua potable al menesteroso pueblo. La Policía puso en juego porción de carretas o carros aguadores, distribuyéndolos por calles, para el suministro del agua. Vieran ustedes la avalancha a ellos, de chicos y grandes, con sus baldes, sus tachos y el diablo a cuatro, en demanda de agua, y a nuestro Botana recorrerlas para la regularidad del servicio. ¡Viva el Jefe de Policía!, decían tantos de los beneficiados. Quiso Dios, al segundo o tercer día de esa operación popular, que se abriesen las cataratas del cielo, y una lluvia torrencial vino a hacer su continuación innecesaria.

El año 66 vino otra gran seca a embromar a la gente con la escasez de agua. Se vendía a un centésimo el balde en el manantial de Sívori, que le sacaban los ojos por agua. Ese recurso era insuficiente, y la Junta de la época se arremangó para proporcionar agua a la población. — Como

LECHERO y PANADERO, dibujos del pintor Mr. Palliere. — El precio del pan, controlado por las autoridades, se establecía al peso.

que se vendía a vintén el balde traída de afuerita.

¿Y dónde dejamos las Escuelas? — Los pobrecillos chicos y chicas tenían cada uno que llevar su botellita de agua, porque el buen José y el veterano Rosendo, peones de la Junta, no daban abasto en la provisión de agua, que llevaban tasada, mendigándola aquí y allí. Con decir que hubo que utilizar el agua del mar para el servicio doméstico y hasta para jugar a baldazos el Carnaval, como era de costumbre, dicho está todo.

Y hay que contar que por fortuna no ocurrieron incendios; que sino, ¡Dios nos asista! ¿De dónde agua para apagarlos?

Una sola cosa se aventajaba: — Que los lecheros no podían bautizar la leche a medida de su deseo. ¡Qué lástima!

Capurro se ofreció a suministrar toda la precisa de su establecimiento en la playa del Arroyo Seco, para el servicio de la población. Aceptada la generosa oferta, se traía embarcada de esa playa. En sólo 18 días se repartieron al vecindario la friolera de 2.133 pipas de agua, costando ese servicio a la Comisión de Salubridad 1.514 pesos.

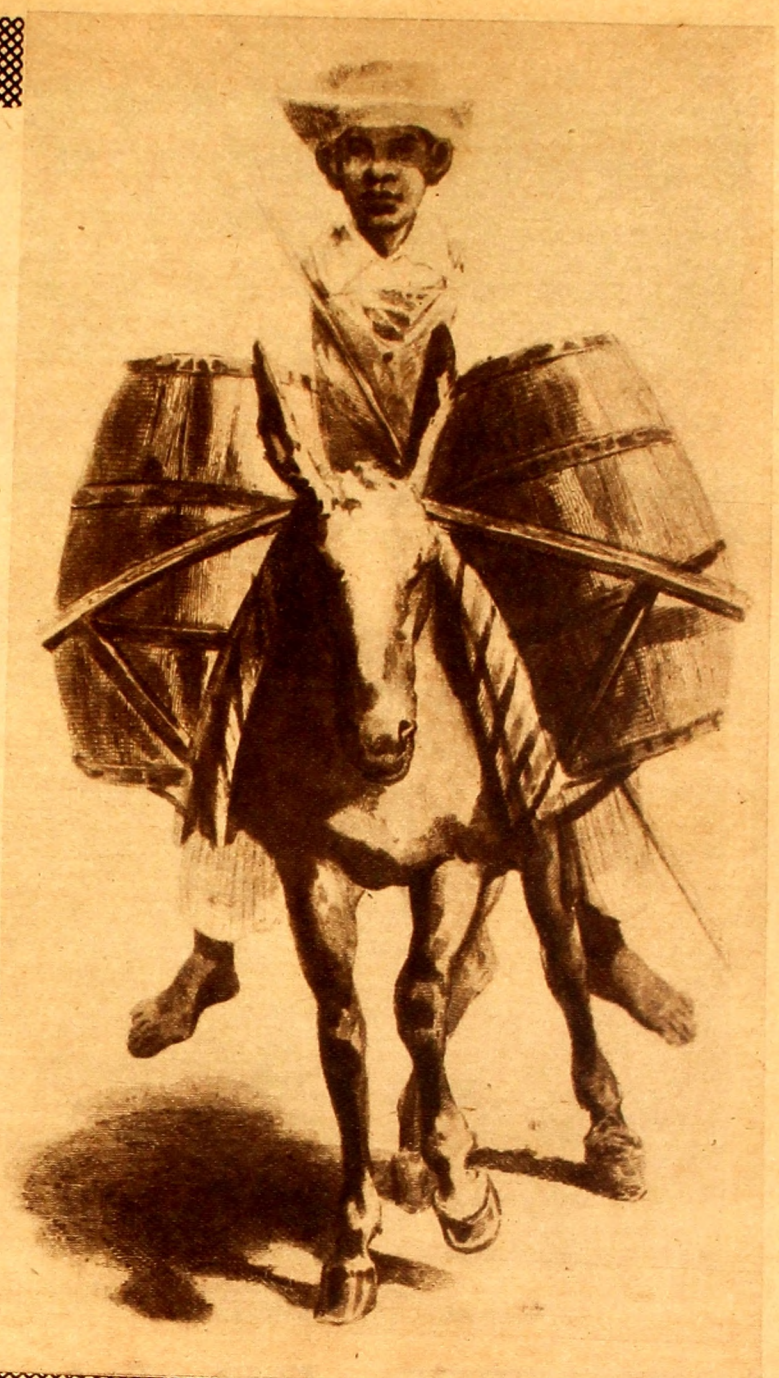
Tantas penurias, al cabo, después de tantos años de andanzas y peripecias, tuvieron su término con la magna empresa de las **Aguas Corrientes**, abordada por Lezica, Lanús y Fynn, para provecho y honra del Montevideo moderno, inauguradas el año 70.

La idea nació en Montevideo antiguo. La realización tocóle al moderno, después del transcurso de 70 años. — **¡Hurra, hurra!**, dijeron los que cantaron victoria.

Y adiós aguateros de antaño. ¡Que la tierra les sea leve!

Texto tomado del libro "Montevideo Antiguo", de Isidoro de María.

Material gráfico de la colección del señor Roberto Pietracaprina.



EL AGUATERO se anunciaba por un cencerro, lo que a veces hacía que se le confundiera con el carro de la basura, que también lo llevaba.

EL LECHERO gritaba: "A la buena leche gorda".

Cirugía Facial

La cirugía facial en manos de un experto cirujano puede corregir deformaciones, pero cuando se trata del cuidado diario del cutis, sólo la "glicerina de almendro" es capaz de vivificar la epidermis a través del tiempo. Un minuto dedicado a un masaje con esta maravillosa crema líquida, le hará confirmar la realidad de un sueño!

Árboles urbanos decorando un crepúsculo.

APUNTES DE PAYSANDU

Gigante florido en el cruce de dos calles.

Puente carretero sobre el Queguay.

Viejo ombú, en el centro de una ampli avenida.

La ciudad de Paysandú, en la parte que el río Uruguay, como un Nilo americano, fertilizó con sus ardimentos en épocas geológicas perdidas, parece que perdura todavía la riqueza del légamo fluvial.

Residiría allí el secreto de esos hermosísimos ejemplares vegetales que en aquellas planas tierras ubérrimas ponen magníficas notas en torno al casco urbano, siendo sorpresa del visitante que se detiene admirado ante aquel ombú que se yergue en medio de una avenida de circunvalación, o ante el florido y corpulento coloso que alzándose en tal esquina, enjoya y la hace amable, con sus flores clarorosadas, y el beneficio de su sombra acogedora.

Perfilado el gran puente carretero sobre el Queguay, pone de manifiesto la solidez estricta y elegante de su fábrica.

NO PERMITA QUE UN DETALLE DESLUZCA SU TRABAJO

Para que la ropa lavada parezca realmente limpia, azúlela con Azul de Reckitt, que le da una hermosa blancura pareja. Y es además muy económico, pues una bolsita de Azul de Reckitt basta para una gran cantidad de ropa.

AZUL DE RECKITT

PARA UNA BIOGRAFIA DE EVA TETRAZZINI

Dos hermanas cantantes célebres. — Una "Gioconda" que termina en las primeras escenas.—El maestro C. Campanini

EN Salsomaggiore, pequeña ciudad de la Emilia que se asienta en un hermoso valle de las últimas derivaciones de los Apeninos donde se encuentra una de las más famosas estaciones hidrominerales de Italia, falleció, hace pocos días — el 27 de octubre para ser más precisos — Eva Tetrazzini, en otro tiempo célebre cantante italiana. Nadie habría reconocido, ciertamente, en esta viejecita que talvez realizaba allí su cura de aguas arrastrando sus 76 años, en un constante añorar, el pensamiento en todo insante vuelto hacia el pasado, viviendo siempre del recuerdo de un pretérito glorioso para todos olvidado, a la real moza triunfadora que aclamaron en la escena los públicos de hace medio sigo.

Eva Tetrazzini, nacida en Milán en marzo de 1862, había realizado sus estudios en el Instituto Musical de Florencia con el notable maestro Checcherini y en 1883 debutaba en esa misma ciudad con "Fausto" de Gounod. Su interpretación de la parte de Margarita constituyó un vivo suceso señalando la iniciación de una carrera brillantísima, que había de cumplirse a través de los principales escenarios europeos y americanos. Inmediatamente después de aquel magnífico triunfo inicial, Eva Tetrazzini canta en Barcelona, en Madrid, en Sevilla, pasando luego a Santiago de Cuba. Terminada esa gira, que se desarrolla en una serie continuada de grandes éxitos, vuelve a Europa y va a buscar más amplia consagración en París, donde presentándose con Víctor Maurel en "Un Ballo in Máschera" de Verdi es aclamada igualmente por el público y la crítica. Pasa después nuevamente a Florencia, donde canta "Roberto el Diablo", "Un Ballo in Máschera" y crea la protagonista de una nueva ópera "Bianca" de M. Tesca que había de tener escasa fortuna. Contratada poco tiempo después para una nueva "tournée" por América, visita Montevideo, Buenos Aires y Nueva York. De regreso en Europa, es llevada por la empresa Sonsogno a cantar en Niza y a poco se hace oir también en el San Carlos de Lisboa, en el Covent Garden de Londres, en la Scala de Milán... Ha alcanzado la gran consagración definitiva escalando el más alto pináculo de la gloria a que podía aspirar un artista lírico de su tiempo. Es famosa a través de los mares, un verdadero ídolo para los melómanos que constituyen la enorme masa del público en dos continentes, y entre tanto ha ido incorporando a su repertorio, todas las grandes óperas por entonces más celebradas, que la tienen como protagonista insuperable: "Ruy Blas", "Aída", "La Africana", Hugonotes", "Norma", "Yona", "La Hebrea", "Trovador", "Poliuto", "La Forza del Destino", "Favorita", "Gioconda", "Mefistófeles", etc.

✦

La primera actuación de Eva Tetrazzini en nuestro país se encuentra vinculada por el azar, a un hecho histórico de singular significación. Corría el año 1886 y en la primera quincena de agosto se inauguraba, como de costumbre, la temporada de gran lírica italiana, que, durante muchas décadas había de ser el más grande acontecimiento artístico y mundano de que se enorgulleciera nuestra capital, pues en ella desfilaban por nuestros escenarios los más célebres divos de la época y sus espectáculos constituían la máxima atracción del gran público montevideano y de la "alta sociedad" que se mostraba en esas ocasiones deslumbrante, ataviada con sus mejores galas. La compañía que debutó en el viejo teatro Cibils, hoy desaparecido, traía como primeras figuras a los tenores De Lucmía y Lucignani y como "prima-donna" a Eva Tetrazzini, que contaba por entonces sólo 24 años. Era una joven de singular belleza y una gran cantante que se imponía ya por sus facultades extraordinarias. Las críticas de la época abundan en elogios entusiastas para esos dos aspectos de su personalidad, destacando asimismo sus notables condiciones de intérprete dramática.

La noche del 17 de agosto, un martes, debía cantarse "la Giocnda" de Ponchielli, considerada una de las más grandes creaciones de la Tetrazzini. A la hora de iniciarse el espectáculo, el teatro se encontraba colmado de público en todas las localidades y la representación se inició en medio de un intenso recogimiento. Habían transcurrido apenas las primeras escenas, y la Ciega cantaba su famosa romanza "A te quisto rosario", cuando un inesperado sobresalto de la sala interrumpió el espectáculo. A la entrada del teatro había sonado el disparo de un arma de fuego, originando el consiguiente tumulto. ¿Qué había sucedido? No tardó en esparcirse la noticia por tdo el público. El presidente de la República, General Santos, que era asiduo concurrente, a las veladas de Opera, había llegado esa noche, como siempre, casi al comienzo del espectáculo, pero en momentos en que atravesaba el vestíbulo del teatro había recibido en la mejilla un disparo de revólver, hecho a boca de jarro, por el Teniente Gregorio Ortiz, intérprete de la vindicta popular frente a la opresión, quien perseguido de inmediato por la policía, antes que ésta le diera alcance, se suicidaba destrozándose el cráneo de un balazo.

Se cuenta — como singular ocurrencia en medio de aquel trágico suceso—que, a poco de producirse el hecho y en tanto se restablecía el orden, alguien que por lo visto no se había enterado de nada, se acercó al maestro director de orquesta y le preguntó que había pasado. "Nada —contestó el maestro — no tiene importancia. Le han pegado un tiro al presidente. Es lo que sucede siempre en estos casos". Y por él hubiera continuado sin más el espectáculo. Pero no estaba el horno para bollos. La gente se retiró silenciosa del teatro, llevando a todos lados la noticia, con el terror consiguiente, pues se temía que estallase por momentos la revolución en la ciudad y que saliese a la calle el famoso "5º de Cazadores". Por aquella noche el público montevideano se quedó sin oir "La Gioconda" de la Tetrazzini.

El director de esta anécdota era el maestro Clefonte Campanini, gran director, que, después de actuar al frente de las principales orquestas italianas realizaba sus primeras giras fuera de su país y que por aquel enotnces debía andar en picos pardos con la "prima donne", o por lo menos muy enamorado de su buen palmito, pues pocos años después, en 1890, casó con ella, y con ella vino en una nueva visita de la gran soprano dramática a Montevideo, actuando ambos en Solís por última vez en 1891, vale decir en plena luna de miel. Era también él un gran artista que hizo magnífica carrera, llegando a dirigir en el Metropolitan House, de N. York, radicándose allí con su esposa y pasando más tarde a Chicago, donde falleció en 1919. Sus restos fueron repatriados al año siguiente y trasladados a Parma, su ciudad natal. Con ellos volvió a Italia Eva Tetrazzini, retirada ya, desde hacía tiempo de la escena, para acogerse al retiro tranquilo, apacible, en que terminó sus días.

✦

Señoreaba ya, desde hacía algunos años, en los escenarios el arte consumado de Eva Tetrazzini y andaba su nombre en voces de la fama, cuando surgió otra cantante célebre del mismo nombre: su hermana Luisa Tetrazzini, nacida en 1871 en Florencia, donde debutaba en 1890, teniendo no menos fortuna en su carrera artística. Luisa Tetrazzini fué la más notable soprano ligero de su tiempo y aún después de surgir la Barrientos, siguió manteniendo, en franca rivalidad con la nueva diva por algunos años, la primacía entre las cantantes de su cuerda. Se decía que la famosa soprano española aventajaba a la italiana en la audacia de sus acrobatismos virtuosistas, en tanto que ésta la aventajaba en la calidad y volumen de la voz.

Esta segunda Tetrazzini que nos visitó por el año 98 se retiró de la escena en 1915, pero ha continuado dando conciertos hasta no hace mucho tiempo, radicada en Londres, de cuyo público fué siempre gran favorita, donde ha publicado dos libros en inglés "My Life of Song" en 1921 y "How to Sing" en 1925 y... donde dió que hablar últimamente al llevar ante los tribunales a su joven esposo Pietro Verutti de 25 años, acusándolo de estafa, mientras este solicitaba se le confiara la administración de los bienes de su esposa por incapacidad mental.

Esta singular y resonante incidencia conyugal y la continuada actividad artística, hasta hace muy pocos años, de Luisa Tetrazzini, cuya voz puede ser apreciada, por otra parte, aún en nuestros días, a través de algunas grabaciones de música mecánica, han hecho que cayese en olvido en los últimos años la personalidad de su hermana Eva, artista igualmente famosa y notable, que la precediera en el camino del triunfo.

✦

Los nombres de Eva y Luisa Tetrazzini evocan toda una época, haciendo añorar talvez a los viejos aficionados los días de mayor gloria del teatro lírico italiano en los últimos años del siglo pasado. Junto a esos nombres se evocan constantemente los de la Teodorini, la Patti, y la Scalchi, de Menotti y Batistini, de Tamagno, Stagno, De Lucía y Oxilia y ya más cercanos, en los comienzos de este siglo nuestro, los de la Darclee y la Barrientos, Caruso y Titta Rufo y el gran ruso Chaliapin. ¿Qué cantantes de hoy pueden equipararse a aquéllos? Ha pasado en realidad la época del "divismo" y la de la vieja ópera también. Se ha extinguido aquella floración magnífica de genios líricos que llenó el siglo pasado: los Bellini, Rossini, Donizetti, Verdi, Ponchielli, Catalani y Boito; los Gounod, Bizet, Massenet y con ellos se han ido también las gargantas privilegiadas. La crisis de la ópera, de cierta ópera por lo menos, es un hecho evidente. Ya no se conciben aquellos espectáculos en que los intérpretes todo lo resolvían a base de gorgoritos, calderones y desaforadas voces. Después de Wagner y de Debussy, creadores de genio, que ensayan nuevos estilos, el teatro lírico, queda, en realidad, sustancialmente transformado y los retornos "all'antico" que preconizaba Verdi, ya no son posibles sino en determinado sentido. El teatro lírico de hoy tiende a ser, cada vez más, un teatro de masas en el que tiene cada día menos importancia el intérprete individual. Por eso se multiplican en nuestros días y triunfan, sobre todo, las grandes representaciones en las antiguas arenas europeas. De ese interesante movimiento no surgirán ciertamente nuevos divos. No es exacto sin embargo que nuestra época afiebrada y de "ruidismo" sea poco propicia al recogimiento con que debe ser escuchada la buena música.

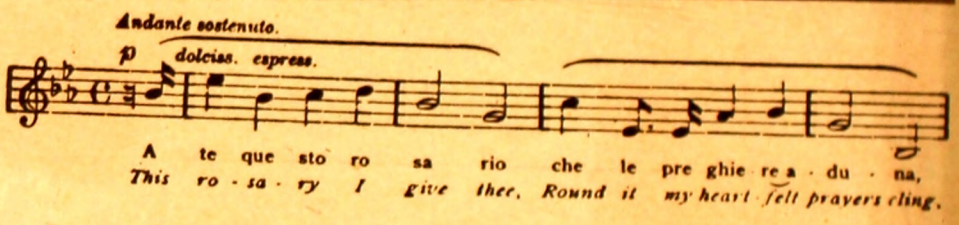
Siempre habrá lugar para ésta en el alma de las multitudes mientras hable el lenguaje eterno del genio, o nos diga de inquietudes y sentimientos colectivos de todos los tiempos.

Cyro Scoseria.

LUISA TETRAZZINI en el papel de "Lucía".

LUISA TETRAZZINI en el papel de Filina, de la ópera "Mignón".

Romanza de "La Ciega", una de las partes más inspiradas de la ópera "Gioconda", pasaje que se cantaba cuando sonó el tiro contra Santos.



EVA TETRAZZINI, grabado publicado el año 1891 por la Ilustración Española y Americana.

LAS CANAS

COMO SE DEBEN COMBATIR

INDICAMOS a nuestros lectores el uso de una loción muy eficaz y completamente inofensiva, pues no se trata de tinturas ni teñidos con sustancias peligrosas, nos referimos a la Loción MON AMOUR, preparado que recomendamos muy especialmente por sus buenos resultados. Sabemos que la **Farmacia Rey**, 25 de Mayo 387 tiene ese preparado y es de muy poco precio.

CINE

"Amigos peligrosos" en el cine Metro

CON MELVYN DOUGLAS Y FLORENCE RICE

OCUPA la pantalla del CINE METRO, esta interesante comedia de corte detectivesco, cuyo argumento gira alrededor de un asesinato, rodeado de tal misterio que resultan estériles todos los esfuerzos y recursos empleados por la policía para descubrir el autor del crimen.

MELVYN DOUGLAS y FLORENCE RICE son las estrellas principales de esta ágil comedia y a cargo de ellos están las innumerables escenas emocionantes y jocosos incidentes a que se ven envueltos a causa de su afán de descifrar el enigma que es el tema principal de la película.

CLAIRE DODD, SHEPPERD STRUDWICK, LOUIS CALHERN y NAT PENDLETON acompañan a nuestros héroes en esta producción Metro-Goldwyn-Mayer.

EXPOSICION DE DIBUJOS DE SALVADOR CARBONELL Y MIGALL

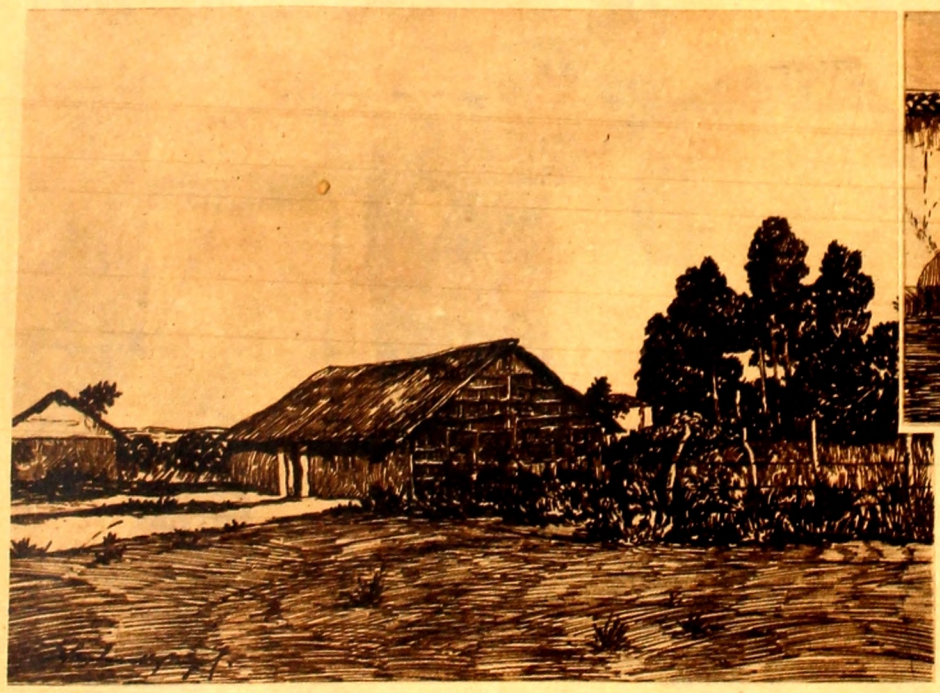
EN el Centro de Cultura Popular de la ciudad de Florida, se ha realizado una muestra de dibujos a pluma, originales de Salvador Carbonel y Migall, exposición formada con trabajos hechos en España, y otros más reciente de ambiente floridense.

Hacía tiempo que Salvador Carbonell y Migall no exhibía sus obras, y es seguro que si lo ha hecho ahora, precisamente en la ciudad de Florida, donde está radicado desde hace años, debe haber sido más por ceder a la presión amistosa de ajenas voluntades, a cuya cordialidad no ha podido resistir — sólo por la cordialidad es posible vencer a este espíritu reacio a toda exteriorización — que por alarde de su obra, realizada sin vistas a la publicidad, y por superior complacencia estética. Este artista logra el sentido del paisaje por el solo juego de los elementos arquitectónicos, y el de luces y sombras, con amplios cielos que hacen más agobiadoramente pegados a la tierra sus "Ranchos", y más desesperante la desnudez y soledad de esos árboles retorcidos y resecos. De sus cuadros está ausente lo humano, acto deliberado, sin duda, pero se presiente su existencia tras las celosías en esas callejas sevillanas, con ángulos violentos, y en lo hermético de los ranchos, que dan la sensación de estar animados por vidas humildes, con mujeres que atan las horas a sus labores.

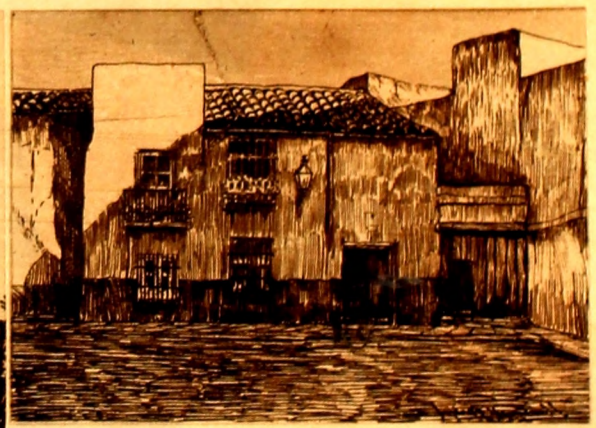
Artista de técnica sobria y trazo firme, compone su obra totalmente, sin desdibujamientos y penumbras de pretendidas abstracciones, estilizada sin embargo por la sensación de belleza que produce.

Otras voluntades debieran ahora tratar de presionar nuevamente a Salvador Carbonell y Migall para que su exposición se repitiera en Montevideo, logrando la resonancia que puede procurarle la capital.

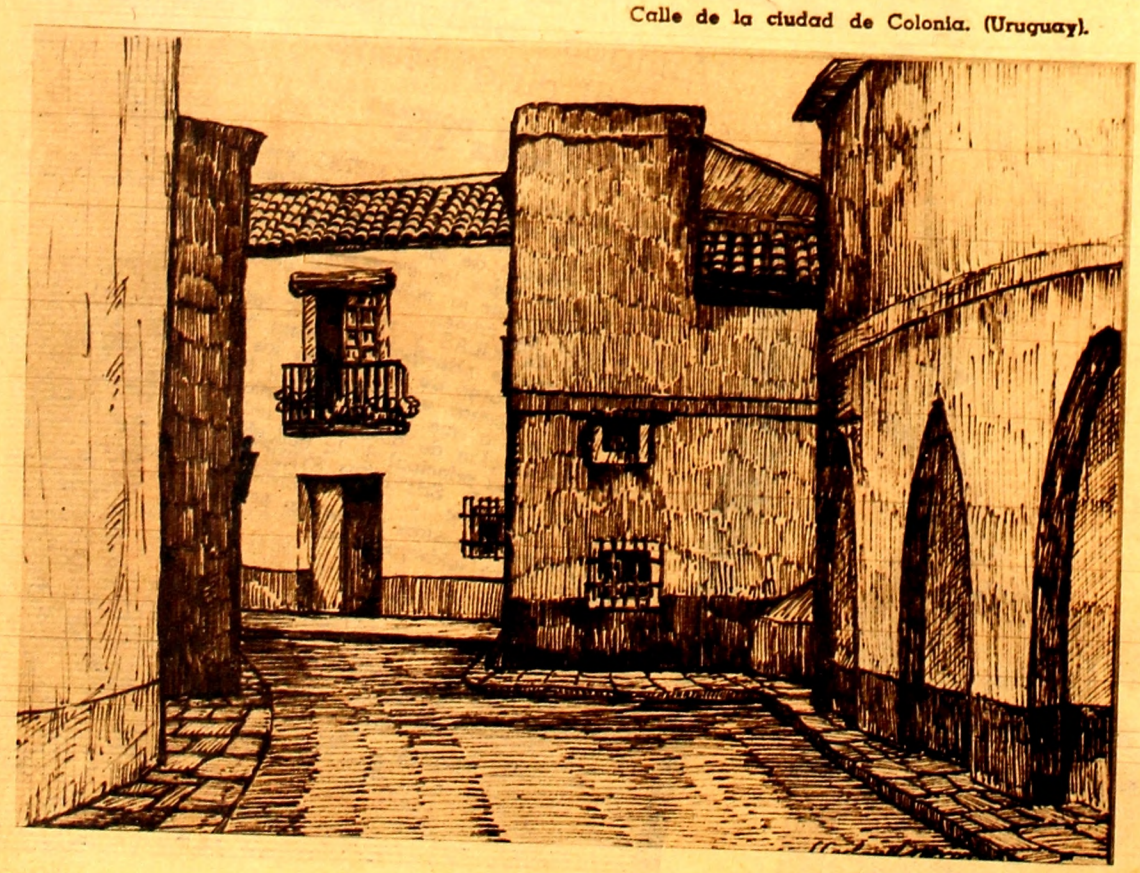
Rancho.



Rancho.



Estudio.

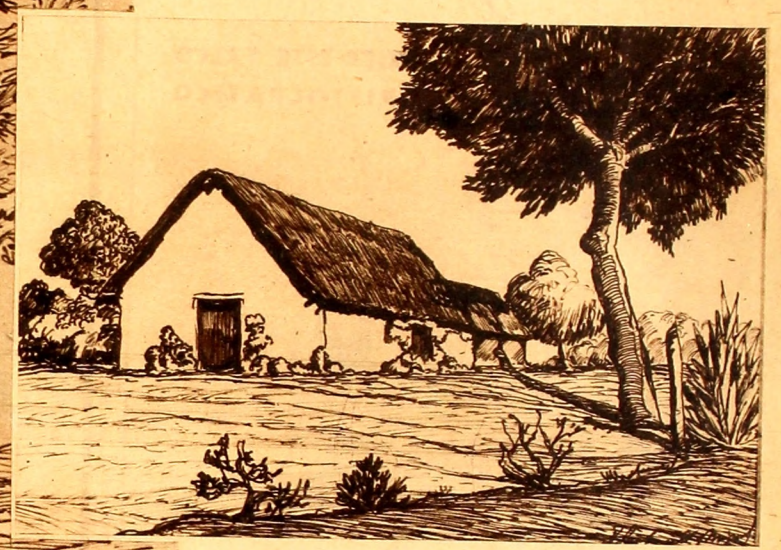


Calle de la ciudad de Colonia. (Uruguay).

Albarracin (España).

Salvador Carbonell y Migall.

Estudio de árboles.



Rancho.

Calle colonial, en Colonia.

Rancho floridense.

LAS RUBIAS PLATINADAS

Algunas estrellas del cine, americanas, lanzaron la moda del rubio platinado, que ha caído en un absoluto fracaso, pues el platinado es costosísimo y es aplicable sólo a determinada clase de cabello.

Esta moda ha sido substituida con grandes ventajas por el empleo de la manzanilla verum que, usándola en casa como una simple loción, da en 3 días al cabello oscuro el más hermoso color rubio dorado. El resultado es más maravilloso y no hay nada tan cómodo y económico.

Cuando el cabello es muy oscuro y se desea obtener un rubio muy claro, bastará usar la manzanilla verum tal como se consigue en las farmacias.

Canas

Para eliminar sus canas, prefiera Vd. **LA CARMELA**, porque es un producto de confianza consagrado en el mundo entero.

Devuelve infaliblemente al cabello su color natural en pocos días.

Es de uso cómodo y agradable, porque está suavemente perfumada y no mancha la piel ni la ropa. Destruye la caspa y evita la caída del cabello.

Cada frasco lleva un folleto con instrucciones para su uso.

En Farmacias y Perfumerías, en frascos grandes y medianos.

DEPOSITO
URUGUAY 842 — MONTEVIDEO

AGUA DE COLONIA
La Carmela

Su Elegancia

EXIGE ESTE TALCO ARISTOCRATICO

Antes de ponerse la faja, empólvese con Talco Williams. Se sentirá mucho mejor.

En cuatro delicadas fragancias: clavel, rosa, violeta, lila.

Se vende en farmacias y perfumerías en envases de $ 0.50 centésimos.

Es elegante usar el Talco Williams, porque este talco contribuye eficazmente a mantener la elegancia de de quien lo usa. Hecho con el talco más fino del mundo, tamizado en seda y perfumado con flores, es una exquisita caricia para la piel.

El Talco Williams suaviza el cutis sin resecarlo, conserva su aroma durante horas y da al cuerpo esa fragante frescura tan importante en el "chic" veraniego como para la propia comodidad.

Cuesta más debido a su calidad superior, que lo hace el preferido de las mujeres de buen gusto. Pruébelo hoy, quedará maravillada de la diferencia.

Talco **Williams**

DIBUJO DE
J. E. SUAREZ

ROMANCE DEL LABRADOR SIN CANCIONES

Hala que hala la yunta.
Corta que corta la reja.
Brilla que brilla la escarcha
sobre la negra paniega.

Va el ancho fajo del surco
despanzurrando la tierra
que paga en buenos olores
al hierro que la penetra.

Las palomas y los tordos
—bruma y sombra, noche y niebla—
desanillan las lombrices
enroscadas en la gleba.

Hala que hala la yunta
sobre la tierra morena.
Brilla que brilla el azúcar
de la escarcha mañanera.

Y el labrador — ceño adusto,
manos rudas, tez cobreña—
crispa que crispa los puños
sobre la tosca mancera.

Va sin palabras ni cantos
—silencio de hierro y piedra—
curvado el enjuto cuerpo,
cansina y gacha la testa.

En tanto la aurora exprime
la pulpa de sus cerezas,
y el hornerito alfarero
su laborar recomienza.

En tanto los herbazales
tracienden a primavera,
y el aire limpio se endulza
con el olor de las yemas.

Se irán las blancas heladas.
Se irá la negra tristeza.
Ya está setiembre aniñando
de brotes las arboledas.

Ya se ha encendido la brasa
del churrinche en la pradera,
y anda cardando vellones
de nubes una cigüeña.

Ya el sol acuesta brazadas
de luz jugosa en la hierba,
y el día surte su alforja
con zumos de espliego y menta.

Hala que hala la yunta
sobre la negra paniega,
mientras setiembre reparte
su carga de vida nueva.

¿Nada le trae al labriego
que está binando la tierra?
¿Ni el verde de una esperanza?
¿Ni el rosa de una promesa?

¡Ay, labrador sin canciones
—silencio de hierro y piedra—
empozada en tus pupilas
se quedará la tristeza...

Labrador de callos duros
como raíces resecas
como terrones sin lluvia,
como carozos sin tierra.

Oro de espigas candelas
dará otra vez la paniega,
mas no irán a tu granero
los granos de la cosecha.

Parvas de rubias gavillas
perfumarán esa tierra.
Con sus rimeros de trigo
se marcharán las carretas.

Y tú a limpiar los rastrojos
y a rejar para otra siembra,
que ofrecerá nuevos granos
para las nuevas moliendas...

Hala que hala la yunta.
Ya está setiembre en las yemas
y en el verdor del herbajo
que trasciende a primavera.

¡Ay, labrador sin canciones
que labras la tierra ajena:
tanto trigo que has sembrado
¡Y ni un pan blanco en tu mesa!

Serafín J. GARCIA.
(Del libro "Tierra Amarga").

SOCIALES

Señorita Olga E. Delgado.

Señorita Violeta Vázquez Callender. — (Foto Vidal Martínez).

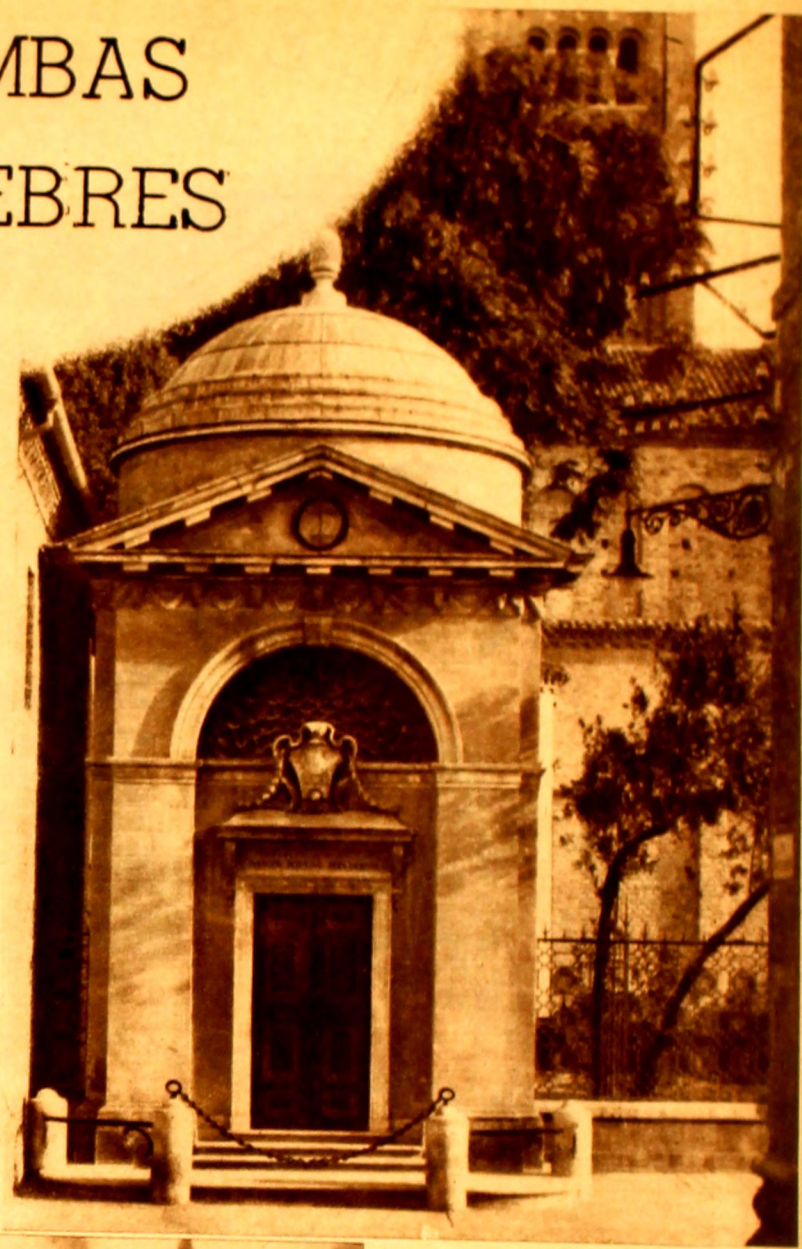
Señorita María E. Winterhalter. — (Foto Vidal Martínez).

Señorita Lilí Granotich. — (Foto Vidal Martínez).

Señora María Cozzetti de Spósito y sus hijos Dina y Elsa. (Foto Marchese).

TUMBAS CELEBRES

Retrato de Dante, del siglo XIV.



Sepulcro de Dante, en Ravenna. — El cuerpo del poeta reposa en una tumba severa.

Lleve en su canasta de pic-nic una deliciosa

TORTA DE 1 HUEVO

Las dueñas de casa habilidosas saben que nada completa tanto un almuerzo de pic-nic, como las tortas y masas deliciosas... y, sin embargo, económicas.

Acepte la invitación de los días de sol... Un pic-nic al aire libre es un tónico para el cuerpo y para el espíritu. Y Ud. puede estar segura de que el almuerzo resultará todo un éxito si lo concluye con esta Torta de 1 Huevo. Son riquísimas, livianas, muy digestibles... y económicas.

Pero recuerde, al hacerlas, que los fracasos que desperdician ingredientes caros, son frecuentes cuando se emplean levaduras inferiores.

Hornee siempre con "Royal", la levadura de calidad que no falla nunca, y obtendrá sabor más delicado, contextura más liviana, conservación perfecta. Pida a su almacenero un tarro de "Royal", ¡hoy mismo!

TORTA DE 1 HUEVO

- ¼ taza de manteca.
- ½ taza de azúcar.
- 1 huevo.
- ½ cucharadita de extracto de vainilla.
- 1 ½ tazas de harina fina.
- 2 ½ cucharaditas de "Polvo Royal".
- ¼ cucharadita de sal.
- ½ taza de leche.

Ablándese la manteca y bátase hasta que esté como una crema; póngase poco a poco el azúcar, batiendo bien. Agréguese el huevo entero sin batir, luego la vainilla y bátase todo bien hasta que se mezcle. Añádase la harina cernida con el Polvo "Royal" y la sal, alternando con la leche. Mézclese bien. Colóquese en un molde cuadrado, engrasado, y cuézase en horno moderado de 30 a 40 minutos. Déjese enfriar y cúbrase con un nevado hervido.

GRATIS

El interesante folleto "Fiesta". Contiene menús y multitud de ideas originales para decorar mesas y hacer las fiestas o reuniones más alegres y divertidas. Pídalo Vd. ¡ahora mismo!

SRES. ROHR & CO. · CASILLA 404 · MONTEVIDEO

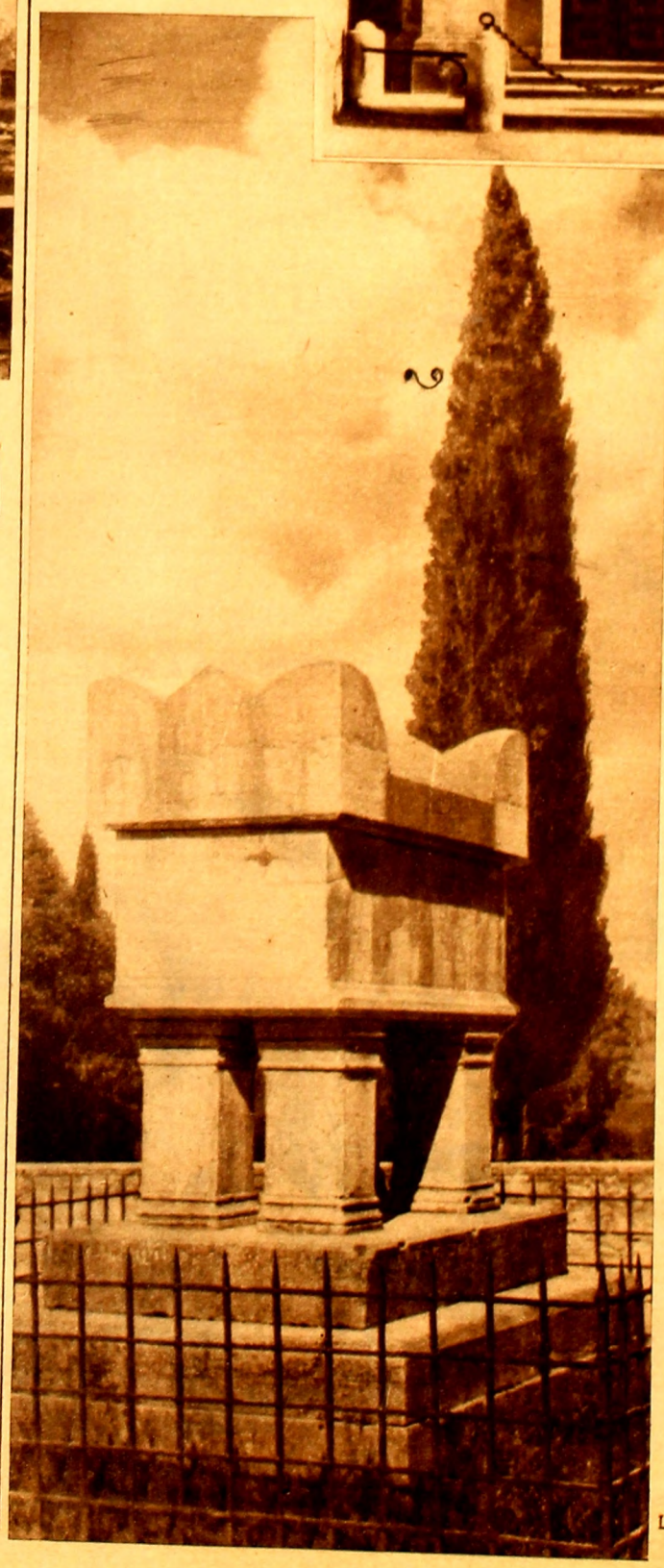
Sírvanse enviarme, gratis, un ejemplar del nuevo folleto Royal "Fiesta" ☐ "Recetas Culinarias Royal" ☐ (Indique con una cruz el libro que desea).

E.D.(205)

Nombre

Calle N

Localidad F.C.



La tumba de Petrarca, coronada de laureles y cipreses.

EL AUTOMOVIL DE MARTINO

Cuento de ALBERTO PRANDO

LA lluvia había transformado los caminos en una inmensa argamasa pesada y resbaladiza.

Al diablo con el amor propio del automovilista que imagina "records", sin prever las tormentas. A la vista de las luces de la población F., situada a leguas de la civilización, dejada medio siglo atrás por la rueda del tiempo, el cansancio, consejero persuasivo, me presentó en forma alucinante, diré, las comodidades que podía ofrecerme el pobre hotel donde debí pasar aquella noche.

Fué el hotelero mismo quien me abrió las hojas de un portón lateral, guareciéndose de la lluvia con un trozo de lona. El automóvil quedó bajo un techado de zinc, junto a dos cerdos adormilados y unas pocas gallinas, que se alborotaron, en su constante sobresalto de un posible degüello.

Chapaleamos, hacia las habitaciones, en el fango líquido y mal oliente de aquel gallinero que había invadido el jardín y llegaba hasta la casa.

—¿Muy malos los caminos? — me preguntó el hotelero.

—Pésimos.

Cada uno de mis zapatos, con el barro que había juntado, pesaba un quintal. La luna del ropero me mostró en mi realidad. Tenía los cabellos mojados y revueltos, la cara cubierta de múltiples salpicaduras redondas y el poncho empapado bajaba en pliegues rectos hasta tocar con sus flecos el suelo. Debí encontrar una figura diferente a la imaginada por mí cuando cruzaba el gallinero. De seguro menos heroica, pues entonces reflexioné acerca de la utilidad que resultaría de presentar, inopinadamente, a los hombres la luna de aquel espejo en los precisos instantes que sus gestos y actitudes traducen sus ensueños, desmesurados y cotidianos, de arrogancia, fortaleza o genio.

Ya aseado y con ropas y botines limpios y secos, para aumentar mi bienestar fui al "bar" del hotel a tomar alguna bebida fuerte. El local era amplio y bajo. Un armario lleno de botellas, algunas pocas mesitas y sillas muy trajinadas por los jugadores de truco y de tute y en las paredes un almanaque, algunos avisos de remate y un espejo pegado al techo formaban, como en otros hoteles de campaña, el alhajamiento del despacho de bebidas.

El hotelero que instala su establecimiento repite, más o menos, este decorado, y siempre sacrifica un espejo colgándolo junto al techo.

Espejo expiatorio se diría, desterrado, condenado a no reflejar las imágenes que más lo animan, y que ya no devuelve a las hermosas sus miradas furtivas ni el secreto de sus sonrisas.

El patrón, resguardado por el mostrador que le daba categoría, conversaba con un parroquiano. Le pedí una buena ginebra.

Mientras él volcaba, con cuidado, la bebida en la diminuta copa, observé su cara enorme. Ella estaba curtida por la intemperie. Tenía la frente angosta más blanca que el rostro, los ojos pequeñísimos, y los cabellos y los bigotes de tinta. Era la suya una de essa caras, no inexpresivas, pues tenía una expresión; pero sólo una, inmutable, como las caretas.

—¿Así es que los caminos están muy malos? — volvió a preguntarme el hotelero, invitándome a hablar.

—Y cómo no han de estarlo con este tiempo — contestó por mí el parroquiano.

—Malos — confirmé — es necesario llevar cadenas.

También yo tenía deseos de hablar. Doce horas mudo, en el volante, y luego, el bienestar del reparo y los primers sorbos de alcohol, que pronto se tradujeron en un calor reconfortante, me volvieron expansivo.

—Les diré — proseguí — cuando los caminos de tierra están buenos, alisados, cubierta su superficie por la delgada capa de polvo que han molido las ruedas de otros automóviles, los prefiero a los mejor pavimentados. El camino natural es menos monótono y se diría que en contacto con la tierra el coche se asienta mejor.

—Tiene razón — repuso el parroquiano — pero siempre que no llueva.

—No hay duda.

El rezongo lejano del motor de un automóvil, bregando en el barro, nos hizo callar un momento.

—¿Quién será? — preguntó el hotelero.

—Parece ser el automóvil de Martino — dijo el otro con aires de entendido.

—Volviendo a nuestra conversación — repuso el hotelero—, creo que no hay camino comparable al de hormigón armado.

El patrón y el parroquiano discutían en cuanto a los tipos de pavimento. Juzgando su información había yo llegado a la evidencia de que la necesidad del camino era tal, tan sentida y vasta que el anhelo vencería todas las distancias. Evocaba panorámicamente a nuestro maravilloso país, como si fuera un mapa que animara la imaginación de un niño, surcado por ríos sólidos, los caminos firmes, cuando volvió a hacerse oír, esta vez más nítidamente, el motor del automóvil de Martino.

Escuchamos. Los esfuerzos del motor en primera y en segunda velocidad, parecían voces escapadas de un esfuerzo penoso y reiterado.

—¿En qué andará Martino a estas horas? — se preguntó el parroquiano.

—Vaya uno a saber — contestó el hotelero—. Estará todavía a unas diez cuadras.

—Los caminos de tierra son muy bonitos, sí — prosiguió el otro, pero cuando llueve las cosas cambian. En seguida comienza el auto a salírsele de la huella y usted debe tirarse entre el barro, para poner las cadenas. Luego, en todo momento, llevar su coche de la tercera a la segunda velocidad y de ésta a la tercera para que el motor no se le recaliente.

—Las distancias, con las lluvias, se vuelven interminables — dije — y es necesario tener mucha suerte para, en un trayecto de horas, no caer en las zanjas que hay junto a los terraplenes, no dejar el coche suspendido en el lomo que forman dos huellones y acertar siempre en el pasaje de los pantanos, cuando el camino es desconocido y debe adivinarse a través de un vidrio sucio.

Un ruido brusco, fragoroso, de hierros y latas, nos hizo volver a todos, súbitamente, las cabezas hacia la puerta del "bar". Un automóvil, sin duda el de Martino, se había detenido junto a ésta. Luego abrióse violentamente la puerta, como por una ráfaga, y un hombre joven, azorado, con los cabellos rubios mojados y los ojos azules, casi infantiles, desmesuradamente abiertos, nos miró y nos dijo:

—Mi hijo se muere. Se me muere.

El hotelero fué al encuentro del muchacho y tomándole de un brazo para reanimarle:

—Cálmese, Martino — le dijo — ¿qué le pasa al chico?

—Se me ahoga. Vine a buscar al médico, y en su casa me informaron, vea si es poca suerte, que salió hoy para Santa Rita, a doce leguas de aquí. Lléneme el tanque de nafta.

—No será nada — decía el hotelero, con su expresión inmutable, mientras buscaba la llave del surtidor en los cajones del mostrador.

Dos corredores de comercio, llevados por la curiosidad, hicieron su aparición en el "bar".

Salimos. El motor había quedado en marcha, acelerado. Era un automóvil de los más remotos, de "capot" de bronce. Su carrocería vibraba toda y sus guardabarros, muy abiertos, parecían iniciar un aleteo.

A las preguntas curiosas sobre la enfermedad de su hijo, Martino respondía apresuradamente para ahorrar segundos. Ayudamos todos en la operación de carga de la nafta. Sin escuchar ofrecimientos de compañía, el pobre muchacho trepó a su coche. El automóvil arrancó de un salto. Patinó, volvió a la huella, tornó a patinar y se enderezó, luego, para seguir su carrera. Nos dejó la impresión de su inestabilidad. Y cuando la luz roja trasera se hubo borrado en algún recodo del camino, entramos en el hotel, callados.

—Es hora de comer — nos dijo el patrón.

Elegí una mesa. No hubo gallina sacrificada. El rezongo de la segunda velocidad del automóvil de Martino volvió a oirse como una queja lejana y un ladrido, aislado, dió la medida de la soledad.

A los postres, válgame el plural, queso y membrillo, el hotelero fué a hacerme compañía.

—Pobre muchacho — dijo — no debimos dejarle partir solo. Estaba muy alterado. Viera usted cuánto vale. Es propietario de unas treinta cuadras de campo que ya las tiene pagadas, a fuerza de trabajo y de un poco de suerte. Este no es de los que se beben los ahorros en el almacén. Llegó al país hace apenas cinco años. Es piamontés, casado con una criolla rubia como él. Ahora, con mujer, tierra e hijo, ¿comprende? se ha hecho casi tan argentino como yo.

—Doce leguas son sesenta kilómetros — dije — y otro tanto de vuelta. ¿Qué tal es el camino?

—Tiene pasos feos. De noche, estos viajes son inseguros. Suponga usted que se le deslice el automóvil hasta una zanja, que se le rompa una pieza cualquiera al dar un barquinazo o, sencillamente, que no le responda el coche y se quede en un pantano. Ya puede morirse si aguarda auxilio. Y, entretanto, su mujer esperándole.

—La gente se ha vuelto recelosa, de noche — respondí.

—Se encierra en sus casas en forma tal, que usted las creería deshabitadas.

Aquella noche dormí mal. Un olor penetrante a humedad rancia lo impregnaba todo, almohada, frazadas, piso y paredes. Mi cuerpo formaba en la endeble cama de hierro un pozo profundo en el que yo daba vueltas, sin encontrar una posición de reposo. Y en cada movimiento el elástico, herrumbrado, crujía.

La lluvia continuaba monótona, como si nunca hubiera de parar.

Recordé el coche de Martino.

Pertenecía a esa legión de automóviles heroicos, que sirvieron con fidelidad a muchos dueños. El primero, tal vez un chacarero favorecido por una feliz cosecha, al pagarlo recibió las instrucciones de su manejo: "Aquí echará el aceite, aquí el agua y la nafta en este otro tanque. No vaya a confundirlos. Ese pedal, no lo olvide, es para la marcha atrás". Y con las últimas recomendaciones largarse al comprador desde la agencia a dar la sorpresa a la familia. Venturoso viaje, directo, lleno de emociones y de sobresaltos. En el momento decisivo de frenar, el novel volante no acierta, y es su propia tranquera quien detiene al automóvil, en definitiva.

Después él fué vendido, porque las cosas anduvieron mal o para reemplazarlo por otro nuevo o de más categoría. Y así pasó, de dueño en dueño, cambiando a veces de color, de más en más desvencijado, de más en más crujiente, en su continuo ir al pueblo en busca de mercaderías de almacén, drogas de la botica o, como en este caso, en carreras desenfrenadas hasta el médico.

De viejos y remendados, van tomando al final de sus años cierto aspecto de gallineros. Conservan aires aristocráticos entre harapos. Se diría, por lo rotos y raídos, que un espantapájaros debiera conducirlos. Mueven a risa porque son ridículos y los recordamos, sin embargo, con tierna simpatía.

Son también comparables a esos caballos de labor que terminan su existencia abandonados a su suerte, muriendo en los caminos. Y como a ellos, la intemperie pela sus esqueletos cuando ya no sirven, sin que nadie los recoja.

Me incorporé en la cama. Parecióme haber oído un lamento. El resurgió, luego, nítidamente. Era el rezongo de la segunda velocidad del automóvil de Martino. No había duda. Imaginé al automóvil, entre el barro y la lluvia, a los brincos, con sus dos faros languidecientes como pupilas cansadas, que se avivaran en desesperados arranques de coraje.

Por fin, un increíble golpeteo de revoluciones de motor, de batimientos de carrocería, y de las ruedas removiendo el barro... como una exhalación fragorosa rodó junto a la ventana cerrada de mi habitación.

—¡Bravo muchacho! Quiera Dios que tenga suerte — pensé. Y finalmente caí, rendido, por un sueño profundo y reparador.

✦

A la mañana siguiente fuí en busca del dueño del establecimiento. Estaba haciendo números, seguramente, en el afán de darle carácter de importancia a su miserable hotel o bien porque en todas las vocaciones suele haber algo de juego o de teatralidad.

—¿Ha sabido algo del hijo de Martino? — le pregunté.

—Nada. Pero anoche lo oí regresar.

Tambien el hotelero se había interesado como yo por la suerte del muchacho.

—¿No quiere que lo vayamos a ver? — le pregunté.

—Vamos.

El cielo había aclarado y la luz blanca daba al paisaje mojado una entonación fina, plateada.

La chacra de Martino quedaba, más o menos, a una legua del hotel. Al fondo de una callecita de álamos recientemente plantados, dos habitaciones nuevas y una cocina decían a las claras que todo aquello había sido amasado en la esperanza y el amor.

Desde la tranquera, pintada de rojo y blanco, vimos que salían al alero de la casa tres personas a nuestro encuentro.

Una de ellas, Martino, adelantándose, nos hacía señas con la mano para que entráramos.

—Todo ha ido bien —me dijo el hotelero.

Martino, desde lejos, nos recibía con una sonrisa brillante, amplia, expresiva, impaciente por comunicarnos su felicidad.

Con él estaban su mujer y el médico. Cambiamos apretones de mano, como si nos conocieramos.

El médico, con la acabada noción de su importancia, torciendo la boca, sentenció que lo del chico había sido una difteria, tratada, escasamente, a tiempo.

La mujer de Martino meneaba la cabeza y suspiraba, con diciéndonos: "¡Dios mío, lo que pudo ser y la suerte que hemos tenido!!"

Ella era hermosa. Sana, tostada por el sol, dejaba entrever por el escote la blancura de leche de su carne joven y palpitante.

Y junto a nosotros reparé, de pronto, en el automóvil de Martino. Tenía el eje delantero roto, y mientras su "capot" parecía hocicar en el suelo, sus ruedas se habían abierto en un estiramiento de agonía.

—Han llegado ustedes muy oportunamente para llevarlo al doctor — nos dijo Martino—. Este — indicó con la cabeza a su coche — ya ha cumplido su misión.

Luego, palmoteando el "capot" sucio de barro de su automóvil roto, como si acariciara el lomo de una bestia, prosiguió:

—No sé si creer que fué un milagro haber llegado hasta aquí. Nadie conoce, como yo, el esfuerzo que debió hacer esta máquina. Y quién sabe cuántas leguas marchó así, ¡el pobre! como lo ven, con el eje quebrado, los elásticos rotos, las ruedas abiertas, despatarrado... Sí que tenemos que estarles agradecidos.

Y abrazado al hocico de su coche muerto lloró sin contenerse. Lloró porque se le aflojaron los nervios, durante horas tensos, y también por su felicidad reconquistada.

El médico fué a calmarlo, sin perder por esto, en nada, su solemnidad.

El patrón, del hotel, parsimonioso, dió vuelta su enorme cara de mascarita, extrajo de su bolsillo un pañuelo, se secó los ojos, sonó la nariz, y luego, en la desconfianza de que le hubieran descubierto sus lágrimas, para justificarse, me dijo, meneando la cabeza:

—Este muchacho tiene un llanto muy contagioso.

Casa Soler

Tejidos de actualidad.
Colores garantidos al lavado

TAFFETAS escocés simil hilo
lavable - regia variedad - el metro **$ 0.25**

LAINETTE estampada
diseños muy originales. el metro **$ 0.30**

TELA TURISTA variedad de estampados
garantidos al lavado · el metro. **$ 0.45**

PIQUÈ ESTIVAL soberbia variedad
de colores lavables. el metro **$ 0.50**

MONGOL de SEDA
estampado= distintos diseños - el metro **$ 0.65**

SEDA ESPUMA de MAR estampada
muy novedosa- colores garantidos - el mt. **$ 0.80**

SINELIA de seda estampada
colores garantidos al agua y al sol · el mtr. **$ 0.90**

EN NUESTRAS TRES CASAS

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
Esq. M. SOSA

SUCURSAL GOES
Av. Gral. FLORES 2341-47
Esq. M. BERTHELOT

SUCURSAL CORDON
Av. 18 de JULIO 1601
Esq. PIEDAD

"PUBLICIDAD"